



Humanista. Apotecario, poeta, ensayista y traductor, el tortosino es una de las grandes voces de la literatura catalana contemporánea

Gerard Vergés: memoria, lengua e identidad

MARINA PALLÁS CATURLA
TORTOSA

En el poema «Fa deu anys, fa deu segles» (*La insostenible lleugeresa del vers*), Gerard Vergés expresaba, sin decirlo explícitamente, la inútil belleza de la poesía y cómo la vida puede seguir, con sus primaveras y otoños, sin su existencia. Conforme el poema avanza, y los versos repetitivos van adquiriendo cada vez más fuerza y el lector sonríe ante el hábil juego del poeta, aquél comprende que un mundo sin poesía sería simplemente imposible, en la medida de que al final el único sentido de la vida humana es, en realidad, esa búsqueda de la belleza.

Esa fue la misión de Gerard Vergés Príncep (Tortosa, 1931-

2014), y la acometió con exigencia y dedicación. Aquello de que nadie es profeta en su tierra no se cumple en el caso de Vergés, que, aunque no sea un fenómeno de masas, goza de popularidad y reconocimientos en la ciudad donde nació y vivió: Tortosa. Vergés es una de las grandes voces de la literatura catalana y, seguramente, el ebreño más universal.

Pongamos por caso que es el atardecer de un día de otoño, de esos algo ventosos y de cielo rojizo que tiñe el río Ebro de reflejos dorados. Nuestra ruta debe empezar en el centro de la ciudad, en la bonita calle de la Rosa. Allí se encuentra el Palau Capmany, casa natal de Gerard Vergés. El mismo decía que era un «príncipe nacido en un palacio», haciendo un gui-

ño a su segundo apellido. En los bajos del majestuoso edificio su abuelo fundó el 1894 la farmacia Vergés. Gerard fue la tercera generación de farmacéuticos (apotecarios, como a él le gustaba decir) y, al acabar sus estudios, regresó al negocio familiar. Los recuerdos de infancia de Vergés tienen como escenario en gran parte esta emblemática calle, ya que aquí mismo también se encontraba la academia de Ricardo Cerveto, donde por diez pesetas al mes el pequeño Gerard aprendía a dibujar.

La infancia tiene una destacada relevancia en la obra de Vergés. Una infancia también marcada por la Guerra Civil. En un primer momento, Vergés y su familia huyeron de Tortosa y fueron al huer-

to de sus padres, a la partida de Pimpí. Posteriormente tuvieron que refugiarse más lejos de la ciudad y se instalaron en Montaspre, una pequeña montaña de Bitem. Allí sobrevivieron en condiciones infrahumanas, como recuerda Vergés en *Tretze biografies imperfectes*. También en este libro se encuentra el texto dedicado a Josep Cugat, un payés que trabajaba el huerto de sus padres y que le enseñó a amar la tierra.

Nuestros pasos pueden adentrarse ahora hacia el corazón de la ciudad, muy cerca de dónde había la casa natal de Felip Pedrell, en la plaça Sant Joan, en pleno Rastre. Allí se encuentra un gran mural con uno de los versos más populares de Vergés: «de cop comprenc que l'home és la memòria», de «Fràgil com un vidre és la memòria», incluido en *Long Play per a una ànima trista*. La memoria y la identidad constituyen otro pilar fundamental en su obra, así como la cultura y el bagaje. Vergés también fue uno de los fundadores, junto con Jesús Massip, de la revista *Géminis*, publicada entre 1952 y 1961. Cerca de esta plaza se encuentra la Biblioteca Marcel·lí Domingo, con, por supuesto, toda su obra. Incluso hay un verso de Vergés rotulado en la pared de la sección de novela, muy bien escogido: «De tot el que hem llegit, n'hem fet substància».

Claro que si hablamos de infancia, memoria e identidad, hablamos también de lengua y de pai-



Ruta literaria

La ciudad cuenta con una ruta dedicada a Vergés, iniciativa de la Biblioteca Marcel·lí Domingo, y que se puede seguir, leer y escuchar también en mapaliterari.cat